

bespierre. Finalmente, dirán que los Borbones para reemplazar las colonias perdidas, nos dejaron en África una de las más ricas provincias del imperio romano.

En la expedición de Argel la marina francesa, reunida en el combate de Navarino, salió de aquellos puertos de Francia poco tiempo antes tan abandonados. La rada estaba cubierta de buques que saludaban la tierra al alejarse de sus costas. Buques de vapor, nuevo descubrimiento del ingenio del hombre, iban y venían llevando órdenes de una á otra división, como sirenas ó como ayudantes de campo del almirante. El Delfín veía partir la escuadra desde la orilla á donde toda la población de la ciudad y del campo había bajado. El Delfín, que después de haber librado á su pariente el rey de España de las garras de las revoluciones, veía en la marcha de aquella escuadra nacer el día en que la cristiandad iba á ser libertada ¿cómo había de pensar que se hallaba tan próximo á su eterna noche?

Habían pasado ya aquellos tiempos en que Catalina de Médicis solicitaba del sultán la investidura del principado de Argel para Enrique III, que aun no era rey de Polonia: Argel iba á ser hijo y conquista de la Francia, sin permiso de nadie, sin que ni la misma Inglaterra pudiera impedir que los soldados de aquella se apoderasen hasta del mismo fuerte del emperador, en recuerdo de Carlos V y del cambio de su fortuna. Causa era de mucho júbilo, y agüero de felicidad para los espectadores franceses allí reunidos, el repetir el saludo de Bossuet á los generosos bajeles que con su popa iban á romper la cadena de los esclavos, victoria engrandecida por aquel grito del águila de Meaux, cuando al anunciar las consecuencias del porvenir, como para consolarle algún día en su tumba de la dispersión de su raza, le decía:

«Tú cederás, ó tú caerás bajo ese vencedor, ó Argel enriquecida con los despojos de la cristiandad. En el fondo de la avaricia de tu corazón decías: Doy leyes al mar y las naciones son presa mía. La lijereza de tus bajeles te inspiraba confianza, pero tú te verás asaltada dentro de tus muros, como el ave de rapiña en la hendidura de la roca donde ha construido su nido, y en donde reparte el sangriento botín con sus polluelos. Tú devuelves ya tus esclavos. Luis ha roto las cadenas con que oprimías á sus vasallos que no han nacido sino para ser libres bajo su glorioso reinado. Los pilotos admirados se anticipan á gritar: ¿Quién es semejante á Tiro? Y sin embargo la ciudad ha permanecido silenciosa en medio del mar.»

Magníficas palabras; ¿no habeis podido retardar el derrocamiento del trono? Los pueblos marchan á sus destinos, á manera de ciertas sombras del Dante; no puede pararse ni un instante, ni aun para paladear un momento de dicha.

Esos buques que llevaban la libertad á la Numidia, se llevaban también consigo la legitimidad: esa escuadra de pabellón blanco era la monarquía que se hacía á la vela alejándose de los puertos donde se embarcó S. Luis cuando la muerte lo llamaba á Cartago. Esclavos redimidos de las mazmorras de Argel, esos que os devolvieron á vuestro país, se encuentran ahora sin patria: esos que os arrancaron de ese eterno destierro, sufren ahora el peso de la proscripción. El dueño de esa vasta escuadra ha atravesado el mar como fugitivo en una barquichuela y bien podría la Francia decir lo que Cornelia decía á Pompeyo. «Obra es de mi adversidad y no de la tuya el verte reducido ahora á una sola y misera nave en el mismo sitio donde acostumbrabas navegar con quinientas velas.»

Mas si la legitimidad se ha retirado gloriosamente ¿la persona legítima se habrá retirado igual en gloria á la legitimidad?

Habiendo Esforzia caído enteramente armado en un río después de la batalla de Pescara, viéndose ya cu-

bierto por las olas, levantó por dos veces su guante sobre la superficie del agua: ¿será el guante de Roberto el fuerte el que se ha aparecido sobre la superficie del abismo en el naufragio de Ramboillet?

Esa duración de raza, tan saludable á los pueblos monárquicos, ¿podrá ser acaso temible para los reyes? La permanencia en el poder los embriaga; pierden, si así puede decirse, de vista la tierra; todo lo que en sus aras no son prosternaciones, humildes plegarias y profundos abatimientos, es impiedad. Su propia desgracia nada les enseña; la advesividad no es más que una grosera plebeja que les falta al respeto; las catástrofes son unas meras insolencias. Esos hombres, con el trascurso del tiempo, se convierten en cosas; han dejado de ser personas, no son más que monumentos, pirámides, magníficos cenotafios.

La última vez que vimos á los proscriptos de Ramboillet fue en Buschirad (Bolonia). Carlos X estaba acostado; tenía calentura y me introdujeron de noche en su aposento. Una pequeña lámpara iluminaba la estancia. No oíamos en el silencio de las tinieblas más que la anhelosa respiración del trigésimo quinto sucesor de Hugo Capeto. ¡Anciano rey mío! ¡Qué penoso era vuestro sueño! El tiempo y el infortunio, sin estras pesadillas estaban sentadas sobre vuestro pecho.

Un joven se aproximaría al lecho de una contemporánea suya con menos amor que el que experimentábamos en nuestro pecho al acercarnos de puntillas hacia vuestro solitario lecho. ¡Por lo menos yo no era un mal sueño como el que os despertó para ir á ver morir vuestro hijo! Al mover silenciosamente nuestras plantas íbamos diciendo en nuestro interior, pues temíamos que las lágrimas que brotaban de nuestros ojos sofocaran el sonido de nuestras palabras: «¡El cielo os preserve de todo mal para el porvenir! ¡Dormid en paz esas noches precursoras de vuestro eterno sueño! Bastante tiempo vuestras veladas han sido vigilias del dolor. ¡Pierda ese lecho de proscripción su dureza, ahora que tal vez está esperando la visita de Dios! ¡Solo él puede hacer que la tierra extranjera sea leve á vuestros huesos!»

En el refugio de Carlos X encontramos al hermano y la hermana. Yo los venía buscando de parte de una madre cautiva; y se parecían á dos pequeñas gazelas ocultas entre las ruinas. Para encontrar á esos dos amables niños el peregrino de la Tierra Santa había llamado con su bastón y sus sandalias en las puertas del extranjero: en vano canto Blondel en otro tiempo al pie de la torre del duque de Austria, no le fue posible franquear á los desterrados el camino de la patria.

Cuando Enrique sea hombre se presentará solo á sus pasiones y á la tierra: ¿A qué miserable cabaña irán á reunirse los magníficos restos de Balbec y de Palmira?

Mas afortunado que Enrique, que parte desde el dintel de la vida, Carlos ha terminado ya su carrera. No hay heraldos que hayan acompañado su fúnebre comitiva; no ha habido próceres que hayan arrojado en la huesa del príncipe las insignias de su dignidad; habían ya tributado ese homenaje en otra parte. Nada yace al lado de aquel regio cadáver más que su corazón y sus entrañas arrancadas de sus respectivas cavidades, como al lado de la madre difunta suele colocarse el feto que le ha costado la vida. Ovidado en un claustro el rey cristianísimo, cenobita después de la muerte, oye á algún hermano desconocido rezarle las oraciones de cabo de año, único recuerdo del real difunto entre las generaciones vivas. Las oraciones por los muertos son una servidumbre de inmortalidad impuesta á las almas cristianas en su fraternal ternura.

Pero cuando surge un nuevo mundo del seno de las edades, cuando lo pasado no es ya más que historia ¿por qué no se han de reunir tantos huesos dispersos como se reúnen antigüedades exhumadas de diversas

excavaciones? A ese llamamiento de la muerte los despojos mortales de Carlos X, se reunirían con los de su hijo y hermanos en la abadía de Dagoberto; la columna de bronce elevaría sus relieves de batallas y victorias inmóviles sobre el esqueleto eternamente fijo de Napoleón, en tanto que cuatro mil años evocados del país de la eternidad cubrirían en forma de piedra el cadalso de Luis XVI bajo el peso de los siglos. Día vendrá en que el obelisco del desierto encontrará en la plaza de las matanzas los despojos, el silencio y la soledad de Luxor.

Excúsenos si impelidos por el asunto hemos tenido que recordar el fin de la restauración. Algunas palabras nos bastarán para decir lo que la restauración ha hecho al pasar sobre la tierra además de las ventajas de que ya hemos hablado.

Tres cosas subsisten adquiridas por la legitimidad restaurada: la entrada en Cádiz, el haber dado en Navarino independencia á la Grecia, y el haber emancipado á la cristiandad apoderándose de Argel: en esas empresas habían fracasado Bonaparte, la Rusia, Carlos V y la Europa. Hacednos ver un poder de algunos días (y un poder disputado) que haya llevado á cabo semejantes empresas.

Napoleón, al estar como Prometeo clavado á una roca, juzgó equitativamente á los soberanos, sucesores suyos de un momento, diciendo: «Si el duque de Richelieu, cuya ambición fue librar á su país de las bayonetas extranjeras; si Chateaubrian, que acababa de prestar en Gante eminentes servicios, hubiesen conservado la dirección de los negocios, la Francia habría salido poderosa y temida de aquellas dos grandes crisis nacionales.»

Al citar en otra parte esas palabras, añadimos: «¿Por qué no hemos de confesar que *despiertan en nuestro corazón orgullosa debilidad?* Bastantes hombres de pigmea estatura á quienes hemos hecho grandes servicios no nos han juzgado tan favorablemente como el poeta de las batallas; cautivo del Océano y terror del mundo.»

XXVIII.

Llamada á los personajes del Congreso de Verona y de la guerra de España.

Próximo á soltar la pluma, dirijo una mirada á lo pasado, buscando los personajes de que acabo de hablar. Ya al atravesar Verona en 1833, esa ciudad tan animada por la presencia de los emperadores en 1822, había vuelto á quedar sumergida en silencio. Estaba ya tan distante el Congreso de sus calles solitarias, como la corte de los Scaligeros y el senado de los romanos. Los circos, cuyas gradas había yo visto en otro tiempo cargadas de cien mil espectadores, remedaban el desierto, los edificios que había tenido ocasión de ver á beneficio de una iluminación bordada en su arquitectura, estaban envueltos, pardos y desnudos por una atmósfera sombría.

¿Qué de ambiciones se agitaban entre los actores de Verona y entre los que los dirigían ó los trataban de cerca ó de lejos! ¿Qué de sueños para el porvenir! ¿Qué de destinos de pueblos examinados, discutidos y pesados! Hagamos una llamada á los ilustres señores; abramos el libro del día de las iras, *liber scriptus proferetur*.

¡Monarcas! ¡Príncipes! ¡Ministros! Hé aquí vuestro embajador, vuestro colega que ocupa otra vez su puesto; contestad:

El emperador de Rusia, Alejandro?	Muerto.
El emperador de Austria, Francisco?	Muerto.
El rey de Francia, Luis XVIII?	Muerto.
El rey de Francia, Carlos X?	Muerto.
El rey de Inglaterra, Jorge IV?	Muerto.

El rey de Nápoles, Fernando I?	Muerto.
El duque de Toscana?	Muerto.
El papa Pio VII?	Muerto.
El rey de Cerdeña, Carlos Feliz?	Muerto.
El duque de Montmorency, ministro de negocios extranjeros de Francia?	Muerto.
M. Canning, ministro de negocios extranjeros de Inglaterra?	Muerto.
M. de Bernstorff, ministro de negocios extranjeros de Prusia?	Muerto.
M. de Gentz, de la cancillería de Austria?	Muerto.
El cardenal Consalvi, secretario de Estado de S. S.?	Muerto.
M. de Serre, colega mío en el congreso?	Muerto.
M. de Lamaisonfort, ministro de Florencia?	Muerto.
M. d'Axpremont, mi secretario de embajada?	Muerto.
El conde Nieperg, marido de la viuda de Napoleón?	Muerto.
El conde Tolstoy?	Muerto.
Su grande y joven hijo?	Muerto.
Mi huésped del palacio Soranzi?	Muerto.

¿Cuántos otros personajes de los que hemos nombrado durante la guerra de España faltan además de estos! Fernando VII no existe; Mina ha dejado de vivir; M. de Carrel, el primero de todos en mi afecto, se libró de los campos de Cataluña y cayó en Vincennes. Os felicito, Carrel, por haber acabado de un solo paso ese viaje, cuyo trayecto prolongado llega á ser tan fatigoso y desierto. Envidio á los que se han marchado antes que yo: como los soldados de César en Brindis, echo de lo alto de las rocas de la orilla una mirada sobre el vasto mar: miro hacia el Epiro con la esperanza de ver regresar las naves que han trasbordado las primeras legiones para que me lleven á mi vez.

Si tantos hombres anotados conmigo en el registro del congreso se han hecho ya inscribir en el libro de la muerte; si han perecido pueblos y dinastías reales; si la Polonia ha sucumbido; si España se ve nuevamente turbada; si he ido á Praga á preguntar por los restos fugitivos de la gran raza que representé en Verona ¿qué son pues las cosas de la tierra? ¿Prestigio del genio! Nadie se acuerda de lo que hablábamos alrededor de la mesa del príncipe de Metternich, ningún viajero oirá jamás cantar la calandria en los campos de Verona sin recordarse de Shakespeare. Cada uno de nosotros excavando en las diversas profundidades de la memoria, encuentra otra capa de cadáveres, otros sentimientos apagados, otras quimeras sin vida que inútilmente nutrió, como las de Herculanum, en los pechos de la esperanza.

XXIX.

Fin.

La fortuna, separando al hombre virtuoso á quien había reservado una obra más santa, nos eligió para encargarnos de la poderosa aventura que bajo la Restauración, habría podido renovar la faz del mundo, y nos transformó en hombre político. En la mesa de juego á que nos sentó, nos dió por contrarios una Francia enemiga de los Borbones, y los dos grandes ministros de la época, el príncipe de Metternich, y M. Canning: sin embargo, la fortuna nos hizo ganar el juego.

Las transacciones de la guerra de España, nos pertenecerán constantemente. Esa gran mancha de sucesos, estampada en el tejido de los infortunios de nuestra vida, no se borrará nunca, porque ha sido una sombra proyectada por la historia. Pobre y rico, poderoso y débil, dichoso y miserable, hombre de ac-

cion y hombre de pensamiento, pusimos nuestra mano en el mundo y nuestra inteligencia en el desierto.

Desde el fondo de ese desierto, estudiando la accion complexa de la naturaleza humana, aprendimos que habia dos necesidades: una proviene de la *materia*, y es la fatalidad; la otra proviene del *espíritu*, y es la Providencia. Para el hombre de valor es fuerza el ceder á la necesidad, porque ha comprendido que esa necesidad era absoluta; para el tímido el someterse á la necesidad es flaqueza, porque la creyó inflexible. La resignacion del pusilánime es un pretexto, un modo de desembarazarse de las exigencias del tiempo presente y de los cuidados del porvenir; la poltronería se encapilla un hábito para dispensarse de tomar un casco y pedir razon al destino.

Gracias á Dios, soy cristiano sin temores, y no necesito valerme de ese recurso; pero son tantas las cosas que he visto, y tanto los hombres que han pasado por delante de mí; son tantos los esfuerzos inútiles que he visto hacer para detener á un mundo que se retira, que no he podido menos de preguntarme si será posible cambiar los designios de la Providencia. Ese tiempo de reposo en que los pueblos anhelantes, hacen un momento de alto, no debe confundirse con el retroceso de los espíritus superficiales y los que ciegos deseos pueden hacer. Monarquía y aristocracia son dos cosas que sobreviven: no viven; la idea democrática va socavando; la igualdad va creciendo, el zapador está ya bajo el trono; cuando la galería estará concluida, el barro cargado, y la mecha encendida, los cimientos volarán á las nubes, y los pueblos se precipitarán sobre la brecha abierta en los muros derrocados. No son los recuerdos arma defensiva contra la invasion de los siglos: en vano amontonó Sabino estatuas de sus antepasados en el dintel de las puertas del Capitolio para impedir que el enemigo penetrara en el recinto con la tea en la mano; hasta las mismas águilas que sostenian el techo se abrasaron y comunicaron fuego al edificio, que era su nido paterno.

Sobre las fluctuaciones terrestres, hay una ley constante, irresistible, establecida por Dios y solitaria como él; esa ley arrastra en pos de sí nuestras limitadas resoluciones para verificar una revolucion inmensa, á la manera que el movimiento general del orbe domina los movimientos particulares de las esferas: las sociedades mueren como los individuos. En lo sucesivo, aparte de esas sociedades y transitorias variables, no reconocerá mas que esa autoridad misteriosa, soberana, adherida por Cristo á los brazos de la cruz. Mas vale depender del cielo que de los hombres; la religion es el único poder ante el cual puede uno encorvar la frente sin envilecerse.

NOTA.

En el texto de las páginas que anteceden, hemos dicho: «Una cosa nos consuela, y es que aquellos que mas enemigos nuestros han sido desde un principio, se han hecho por último amigos, segun lo acreditan los señores Beranger, Benjamin Constant y Carrel. En prueba de esta verdad trasladaremos al fin de esta obra cartas de esos ilustres contemporáneos.»

Vamos á cumplir la promesa. De los tres hombres que nos han escrito las cartas que vamos á citar, solo uno existe. En medio de nuestras amarguras, no nos hemos librado de cierta satisfaccion de hombre honrado, al ver nuestras principales opiniones religiosas y políticas adoptadas por inteligencias tan superiores y diversas.

Acompañamos á M. Carrel á su última morada: despues volvimos al cementerio de Saint-Mandé, asilo solitario donde en aquel momento yo era el único hombre que se veía de pié. Muchos personajes que se creían muy poderosos, han desfilado por delante de mí; y no me he dignado saludar sus cenizas: una

casaca bordada de oro no vale lo que el pedazo de franela que la bala sepultó en el vientre de Carrel.

M. de Beranger es el único que aun subsiste, y puesto que tan elevada posicion ha sabido conquistar en los dominios de la fama, todos tenemos derecho para hablar de él, y por lo tanto nos perdonará que publiquemos su carta tan ingeniosa como admirable (dejando aparte mi fe católica); esa carta demuestra que el ser gran poeta en nada perjudica para ser hombre de razon y eminente escritor.

M. de Benjamin Constant á M. de Chateaubriand.

Paris 31 mayo 1824.

Señor vizconde:

Doy gracias á V. E. de que se digne, cuando le sea posible, consagrar algunos instantes á la lectura de un libro, del cual me atrevo á esperar que no obstante la diversidad de opinion política, podrán gustarle algunos detalles. Me parece que S. E. debe ver con complacencia una de sus ideas dominantes, y es la de que sin el sentimiento religioso no es posible ninguna clase de libertad, y que solo ese sentimiento puede librar á la especie humana del abatimiento en que tantas causas concurren á sepultarla.

V. E. tiene el mérito de ser el primero que ha hablado en ese sentido, cuando todas las ideas elevadas le eran desfavorables; por consiguiente, si ahora llamo la atencion del público, lo deberé únicamente á las emociones que el *Género del Cristianismo* ha hecho nacer, y que se han prolongado porque las huellas que imprime el talento son indelebles. Cualquiera que sea la creencia positiva, deben todos los hombres, cuya alma tenga algun valor, reunirse para hacer triunfar los sentimientos que nos levantan hácia el cielo de los que nos encorvan hácia la tierra.

V. E. encontrará en mi libro un homenaje bien sincero á la superioridad de su talento, y al valor con que descendió á la arena, armado de sus propias fuerzas, en tanto que los que hoy se presentan en ella lo hacen escudados con el apoyo de la autoridad, y amenazando tomar la persecucion por auxiliar.

Si á ese homenaje me he atrevido á añadir algunas ligeras criticas, es porque se note la imparcialidad en los elogios que os tributo, aun cuando aquellas criticas carezcan de fundamento. Sin embargo, si no hubiese ya tres meses que el libro ha sido impreso, esa imparcialidad me habria sido imposible. Porque siempre tendré la mayor satisfaccion de manifestar á V. E. mi gratitud personal en ocasiones importantes, añadiéndola á la expresion de los sentimientos que le profesas.

BENJAMIN CONSTANT.

M. de Beranger á M. de Chateaubriand.

Passy 19 agosto 1832.

Muy señor mio:

Ocho dias pasados en una casa de campo poco distante de París, me han privado del placer de recibir la vuestra á su debido tiempo, y de contestar en el acto.

¿Cómo! ¿Vais á partir sin darme esperanza de que nos volvamos á ver dentro de poco! Eso, señor mio, es aumentar el disgusto que tuve de no encontraros en casa, cuando supe por los periódicos que ibais nuevamente á ausentáros. Por de pronto no consideré ese viaje mas que como una necesidad de atender á la salud y al reposo moral, preciso despues de tantos dias de fastidio y de contrariedades. Mas ahora ya no me hablais de volver, y eso me causa viva afliccion. ¿Por qué nos habrá la suerte hecho nacer en dos campos opuestos? Si no fuera esa circunstancia, tal vez os

podria haber sido útil en alguna cosa. No trateis de ver en esas palabras una presuncion ridicula, pues no me son inspiradas mas que por un vivo y simpático afecto, que tiene ya una fecha bastante antigua. Tengo en mi mismo algo que vale mas que lo que podria creerse: y es un instinto bastante exacto del carácter é ideas de los demás, que haciendo que mi razon sea muy tolerante, la pone á su servicio, y eso casi sin conocerlo.

Si nuestras relaciones hubiesen sido mas íntimas, señor mio, me atrevo á creer que habria podido deramar algun consuelo en vuestra alma de gran poeta, y os hubiera ayudado á ver en el porvenir algo mas que lo que al parecer distinguís. En ese porvenir os está reservado un eminente puesto, cuya grandeza seria una ingratitud el desconocer. Si señor, la sociedad está sufriendo una transformacion; si, está realizando el gran pensamiento de la igualdad. Esa idea cristiana que habeis vuelto á poner en honor entre nosotros, adornándola con todas las riquezas del génio, se va apoderando del mundo, elaborada como ya lo está, desde hace medio siglo, por nuestra hermosa y querida Francia. Muchos hombres de los antiguos dias la niegan porque se ha despojado de una parte de sus velos religiosos. Pero ella es clara y perceptible para los que como yo, no han visto nunca en el cristianismo mas que una gran forma social, que en su nacimiento tuvo necesidad de la sancion divina. Mi Dios es muy superior á todos esos cambios de la humanidad; mas no por eso deja de estar menos presente al gran drama en que todos tomamos una parte mas ó menos activa, y su presencia es la que me da resignacion. Mi papel de comparsa ó de bobo, ha ido creciendo. Vos, señor, á quien la Providencia ha confiado la mision de desempeñar un papel de carácter elevado, ¿cómo no sacais fuerzas de vos mismo, para desempeñarlo hasta la conclusion? Habeis conservado mas juventud que la que generalmente se tiene en vuestra edad. Vuestro espíritu está tan lleno de lozanía que parece que no habeis recibido ese privilegio mas que para ilustrarnos en los nuevos caminos á donde el mundo se ha lanzado. Preciso es generalmente cantar siempre sobre sepulcros, gracias á ese tiempo maldito que va segando sin fin y en todas partes; no siempre se tiene la ventaja de cantar cerca de una cuna que encierra destinos tan grandes, y quizás tan próximos. Sin embargo, hace ya mucho tiempo que como vos tambien me estoy diciendo que los que nacen en tiempos de transicion somos traqueteados, derribados y aplastados en esa lucha en que estan chocando las generaciones. Sobre cadáveres tendran que pasar los combatientes que vienen detrás de nosotros. Nosotros colmaremos el foso que les será preciso franquear para tomar de asalto la plaza en que todos nuestros esfuerzos no habran podido hacer brecha. Pero confiemos en que una vez tomada la plaza, los vencedores vendrán á recoger los muertos para hacerles magníficos funerales con banderas desplegadas y grande estrépito de tambores. ¿Quién sabe si no será el mismo Dios el que distribuirá las cruces de honor á los valientes que habran quedado en el campo de batalla? ¡Ah! Por lo que á esos toca, es seguro que los señores de la policia no tendran ocasion de echarles el guante.

Tal vez, señor mio, me direis: ¿quién en medio de tal conflicto, puede estar seguro de haber sido útil? No puedo creer que haya existido un hombre de génio que no haya tenido algo de conciencia de su valor. Con mucha mas razon debe tener esa certeza el que las naciones han elevado al elevado rango de su aprecio y estimacion. Cada hombre de talento se hace su efígie en mármol ó en bronce; los mas tímidos se contentan con un busto; los demás aspiran á una estatua. Por distante que esteis de las vanidades del mundo, la voz de vuestros contemporáneos, os habrá

obligado á hacerla colosal. ¡Pues bien! Cuando en medio de la multitud, cuya marcha parece con frecuencia inexplicable y aturdidora, sentís algunos momentos de disgusto y postracion, echad una mirada á esa gloriosa efígie, y apoyádoos en ella, dejareis con mas resignacion pasar el tiempo y la muchedumbre en medio del estrépito y del polvo.

Aunque sé que teneis motivos de afliccion, me complazco en contemplaros de esa manera, y entonces volviendo en mí mismo, tengo orgullo de pensar que me habeis permitido escribir con la punta del cuchillo mi nombre en el pedestal de esa estatua.

A propósito de eso, ¿sabeis señor mio, que tengo un verdadero temor? Voy, como ya os lo he dicho á publicar de aquí á unos meses mi última coleccion de canciones. Ya debeis conocer, que aquella, cuyo mérito es vuestro nombre, figurará entre ellas. Pero tengo miedo que no sea de vuestro gusto la compañía con que se presentará al público. La aficcion que tengo á la poesia popular, me sugiere con frecuencia extrañas ideas. Mi antipatia por toda pomposa afectacion, tan contraria á la índole de nuestra lengua, me hace siempre seguir en mis canciones el tono grave de algunas notas burlescamente articuladas. Aunque habitualmente esos disparates no carecen de objeto, comprendo, sin embargo, que vosotros los que vivís en lo alto, encontrais en ellas mucho que criticar. ¿Cómo he de remediarlo? Quise hacer un ensayo de trasportar la poesia á las encrucijadas, y ahora tengo que dejarla ir por medio del arroyo. Quien dice cancionero, dice traperero. ¿Debe nadie admirarse de que mi pobre musa no tenga siempre su túnica muy limpia? El moralista de las calles, por fuerza tiene que recoger alguna que otra mancha. Por lo demás si me leeis, pensad algo, pero no demasiado en Aristófanos.

Es el caso de volver á repetir lo que he dicho anteriormente en otro sentido, enlazado mas íntimamente con vos, yo me habria indudablemente corregido, y cerca de vuestra heróica y piadosa musa, habria sentido inspiraciones mas nobles, sin embargo, ¡vednos ya otra vez lejos el uno del otro! ¡Ah! Por Dios, volved pronto á vuestra patria; no podeis vivir dichoso lejos de ella. Gota de sangre francesa, ¿dónde vais á extraviaros? ¿Es posible que podais permanecer mucho tiempo lejos de este París, lejos de este corazon tan ardiente, cuyas rápidas pulsaciones dan tanto que pensar y sentir? No, no tardareis en volver, así lo espero para vivir aquí de gloria y literatura rodeado de numerosos amigos; pues debeis tener muchos que como yo se lamentaran sin duda de vuestra nueva ausencia.

En tanto que volveis, señor mio, y sin temor de que os envíe contestaciones tan largas como la presente, tened la bondad de darme noticias vuestras. Los periódicos me las dirán; pero ya debeis comprender lo mucho que aprecio vuestras cartas. Cuando me dais alguna señal de vuestro recuerdo, se me figura que oigo á la posteridad pronunciar mi nombre.

Recibid, señor mio nueva seguridad de mi absoluto afecto y de mi respetuosa amistad.

Vuestro muy humilde servidor,

BERANGER.

M. de Carrel á M. de Chateaubriand.

Puteaux, cerca de Neuilly 4 octubre 1834.

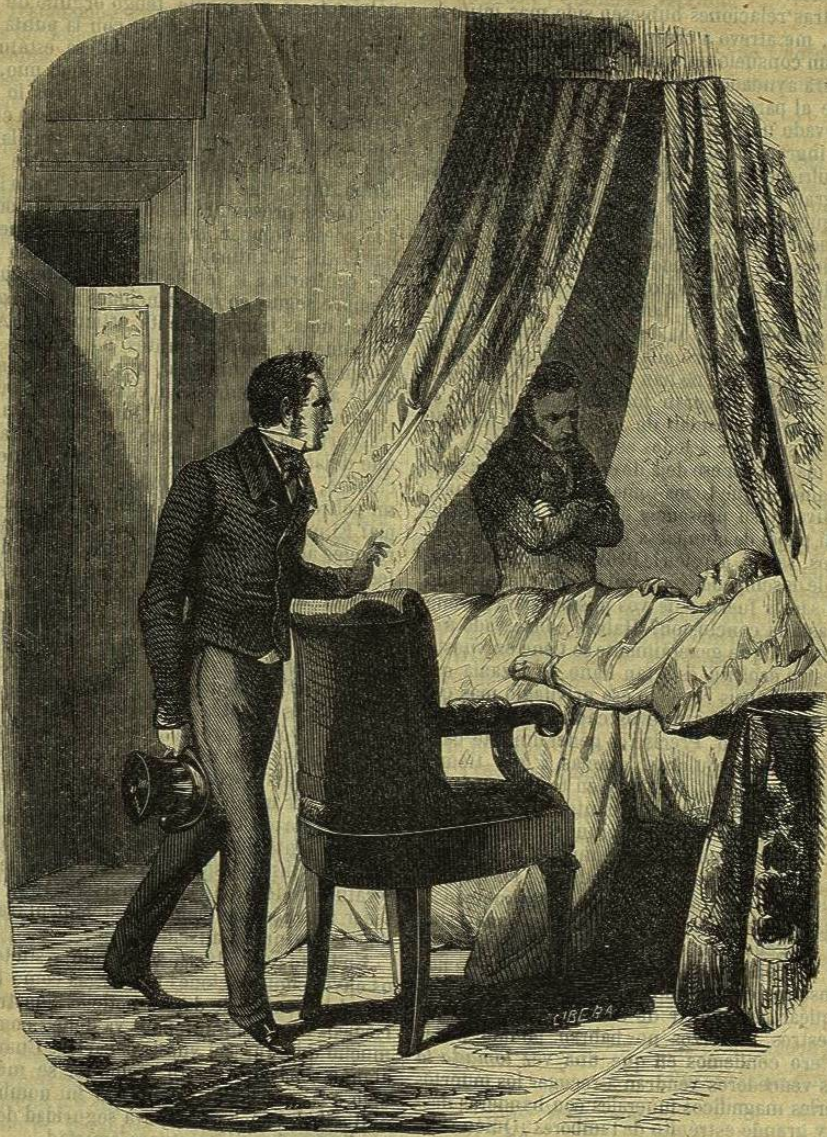
Muy señor mio:

A mi llegada á París recibí vuestra carta del 31 de agosto. Desde luego habria ido á daros gracias si no me hubiera sido forzoso emplear en algunos preparativos para entrar en prision el poco tiempo que la policia, enterada ya de mi regreso, me dejara en libertad. Sí, señor, estoy contenido á seis meses de prision

por un delito imaginario y en virtud de una legislación igualmente imaginaria, porque el jurado me ha absuelto á sabiendas, en vista de la acusacion mas fundada y con arreglo á una defensa que lejos de atenuar mi crimen de verdad, lo habia agravado erigiéndolo en derecho adquirido para toda la prensa de la oposicion. Me considero dichoso en que las dificultades de una tesis tan atrevida para el tiempo presente, os ha-

yan parecido casi superadas por la defensa que habeis leído y en la cual me ha sido tan provechoso el invocar la autoridad del libro con que hace diez y ocho años estais enseñando á vuestro partido los principios de la responsabilidad constitucional.

Algunas veces me pregunto con tristeza de qué habran servido libros tales como ese vuestro, tales, señor mio, como los de los hombres mas eminentes de



M. DE CHATEAUBRIAND Y CARLOS X EN BUSCHIRAD (BOLONIA.)

la opinion á que yo mismo pertenezco. Sí, ¿de qué sirve el haberse puesto de acuerdo las mas altas inteligencias del país en la constante defensa del derecho de discusion, si no resulta por fin en favor de la opinion general una resolucion tomada para lo sucesivo de querer bajo todos los sistemas, de exigir de todos los partidos victoriosos, cualesquiera que sean, la libertad de pensar, de hablar y de escribir como condicion primera de toda autoridad legitimamente ejercida? No es verdad, señor mio que cuando bajo el último gobierno pedisteis la mas entera libertad de discusion, no era para el beneficio momentáneo que vuestros amigos políticos podian sacar de la oposicion

contra sus adversarios que habian llegado á apoderarse de la situacion? Así lo han demostrado algunos de los que en aquel tiempo se servian de la prensa; pero vos pediais la libertad de discusion, como un bien comun, como un arma y proteccion general de todas las ideas antiguas y modernas, y eso, señor mio, os ha granjeado la gratitud y respetos de las opiniones, á que la revolucion de julio ha abierto nuevo palenque. Por eso nuestra obra tiene afinidades con la vuestra, y por eso cuando citamos vuestros escritos es menos como admiradores del incomparable talento que los ha producido, que como aspirando á proseguir de lejos la misma empresa, á manera de jóvenes soldados de

una causa de la que sois el veterano mas glorioso.

Lo que desde hace treinta años habeis manifestado querer, señor mio, lo que yo quisiera, si me es licito citar mi nombre despues del vuestro, es asegurar á los intereses que dividen á nuestra hermosa Francia una ley de combate mas humana, mas civilizada, mas fraternal, mas decisiva que la guerra civil, y solo la discusion es la que puede destronar á esta. ¿Cuándo conseguiremos poner en presencia las ideas en lugar de los partidos, los intereses legítimos y reconocidos en vez de las hipocresias del egoismo y la ambicion? ¿Cuándo veremos realizarse por medio de la persuasion y la palabra esas inevitables transacciones, que el duelo de los partidos y la efusion de sangre producen al fin, pero por cansacio, y tarde para los nuestros de ambos campos, y que con frecuencia no llegan

tampoco á tiempo ni para los heridos, ni para los que han sobrevivido al combate? Ciertamente es, señor mio, que parece, como vos lo decis con amargura, que se han desperdiciado muchas enseñanzas y que ya no se sabe en Francia lo que cuesta el refugiarse bajo un despotismo que promete silencio y reposo. No por eso se debe desistir de hablar y de escribir; inesperados recursos salen á veces de la constancia. Así es, señor mio, que entre la multitud de hermosos ejemplos que me habeis dado, el que mas constantemente tengo á la vista puede cifrarse en esta sola palabra: *Perseverad*.

Dignaos aceptar, señor mio, el inalterable afecto con que tengo la dicha de ofrecerme,

Vuestro mas apasionado servidor.

A. GARREL.

POLEMICA.

Paris 25 mayo 1819.

Las cámaras han aprobado los tres proyectos de ley acerca de la libertad de la prensa; dos de ellos han recibido ya la sancion real y el tercero estará tal vez sancionado en el momento que estamos escribiendo el presente artículo. Ha parecido conveniente acelerar la publicacion de esta entrega XXXVI del *Conservador* para imponer silencio á los diversos rumores que circulaban acerca de esta obra.

El *Conservador* no cambiará de forma en cosa alguna; bajo la nueva legislación seguirá siendo lo que era en la anterior. Dará sus fianzas como obra semi-periódica y para el efecto ha comprado ya papel del Estado que representa la cantidad exigida por la ley.

El baron Trouvé, hombre distinguido por su caracter, por su buen comportamiento durante los Cien Dias y por sus talentos administrativos y literarios, va á ser editor responsable del *Conservador*. Todas las personas que se hacen un deber de concurrir al sostenimiento de esta publicacion seguirán hablando en esta tribuna política de los realistas. Es mucho lo que esas personas aman á su país para que no traten de dar cabo al bien que bajo tan buenos auspicios han principiado á hacer, y por consiguiente no dejarán de hacer el sacrificio de su tranquilidad hasta que consideren que ya no es necesario. Vivamente afectados de la honrosa solicitud con que la opinion sana de la Francia ha contestado á su llamamiento, nunca lo abandonarán, hallándose por el contrario siempre dispuestos á defender la religion, el trono y las libertades públicas.

Lejos, pues, de disolverse y desmembrarse como algunos se complacian en decirlo, el *Conservador* se organiza y adquiere nueva estabilidad. Algunas veces hemos hablado del bien que ha hecho; debemos seguir ocupándonos de esa materia con objeto de patentizar cuál será ahora su tarea en medio de los periódicos que han conseguido ser libres.

Téngase presente la época en que el *Conservador* apareció durante el año último; los periódicos realistas se veian oprimidos por la censura; los de la oposicion, si bien no se libraban tampoco de ella, gozaban algo mas de libertad. Los principios religiosos y morales, y las cosas y los hombres de la monarquía eran diariamente atacados. Ninguna refutacion era posible, ó por lo menos eran tales las restricciones que la censura ponía á la contestacion, que lo mejor que podia hacerse era callar. Por otra parte, las publicaciones semi-periódicas, libres de toda traba derramaban toda clase de venenos. Habia publicaciones de esa especie para todas las clases de la sociedad, y para todos los

generos de calumnia, y causaban á la Francia el mismo mal que la *Correspondencia privada* causaba á la Europa. Se habia incurrido en la debilidad de temerla; los necios aplaudian, los pusilánimes temblaban, y los pícaros se regocijaban: un puñado de hombres que se llamaban partido pretendia representar la opinion del país y por una deplorable anomalía no faltaba quien solicitase su alianza.

En medio de esa crisis se estableció la asociacion del *Conservador*. Los que concibieron esa idea creen haber merecido bien de su patria. Han demostrado que con la constancia y la firmeza se pueden conseguir grandes resultados por pequeños que sean los medios que se pongan en juego. Hasta los mismos enemigos se ven obligados á reconocer nuevas victorias, y confesar las oportunas modificaciones producidas por el *Conservador*. La prensa revolucionaria va en retirada; le hemos hecho abandonar todas sus posiciones. Hemos inspirado aliento á los hombres de bien; en lo exterior hemos dado un golpe mortal á la *Correspondencia privada*, y el *Conservador* traducido en todos los idiomas, leído en todos los países y reimpresso en Suiza ha servido tanto para el desengaño de Europa, como para la ilustracion de Francia.

Finalmente á producido un bien forzando la mano de los ministros á firmar la libertad de la imprenta.

Cuando estos han visto que ya no les era posible encadenar la opinion realista, y que otros periódicos se iban organizando á la sombra del *Conservador*, han abandonado la censura.

No hemos nunca cambiado de opinion por lo tocante á la necesidad de establecer la libertad de la prensa. Los realistas, que por motivos respetables temian el uso de esta libertad ¿se habran convencido ya de que su temor carecia de fundamento? No nos hemos cansado de decirles que la censura no es mas que la licencia para una opinion y la esclavitud para la contraria; y que al paso que da medios de ataque no concede los de la defensa. ¿Habran comprendido ya la verdad de este aserto? ¿Los periódicos revolucionarios son mas violentos, mas malos, mas impíos, mas antimonárquicos que en tiempo de la censura? no ciertamente. Por el contrario, su tono es mas moderado, y al mismo tiempo ¿qué nuevo impulso no vemos tomar á los realistas!

Notad cómo los ministros se han visto en el acto reducidos á sus propias fuerzas, y cómo han comprendido sin perdida de tiempo la medida de su poder. No les quedan ya mas que dos periódicos, el *Moniteur* y el *Journal de Paris*: todo el resto de la prensa está contra ellos, pues los diarios que les sonrien cuando hacen el elogio de la convencion, ó los